HISTORIA Y POESÍA DE ANTONIO MACHADO. SORIA, CONSTANTE DE SU VIDA*

Oficialmente, cesa como catedrático del Instituto de Soria el 15 de octubre de aquel año, por traslado a Baeza.

Llegó su nuevo destino el día primero de noviembre. De su llegada –entre el doblar de campanas– se recuerda una curiosa anécdota, que no carece de gracia: Llegó al Instituto preguntando por el Director del Centro. El portero le respondió: «Si quiere usted verlo, está en La Agonía»

Machado balbució: *«¿Pero, cómo, tan grave está?»*.

A lo que el portero respondió: *«¡No, si no está malo! Le digo que está en el Círculo que le dicen* La Agonía, *porque van allí los labradores, ¡y como siempre se están quejando...!»*.

Luego Machado escribirá, recordando, acaso, esto:

–La cebada está crecida.
–Con estas lluvias...
y van
las habas que es un primor.
–Cierto; para marzo, en flor.
Pero la escarcha, los hielos...
–Y además, los olivares
están pidiendo a los cielos
agua a torrentes.

---

* Selección del fragmento dedicado a Antonio Machado y Baeza, A. Ch. editor.

–A mares.
¡Las fatigas, los sudores
que pasan los labradores!
en otro tiempo…
–Llovía
también cuando Dios quería[1]

Se acomodó en el Hotel Comercio. En realidad llevaba un cuerpo deshabitado, su alma, torturada por el recuerdo, seguía dando vueltas por su Soria, ahora ya y para siempre suya.

También Soria le recordaba emocionada, por su pluma, que no necesitaba firmar, del fiel amigo Palacio[2].

«Este poeta insigne, quizá el más delicado entre los poetas castellanos contemporáneos, que hasta hace poco y durante varios años ha desempeñado la cátedra de francés en el Instituto de esta capital, se encuentra ya en Baeza, en cuyo Instituto seguirá explicando su asignatura.

«Nuestro amigo entrañable se aleja de Soria materialmente (porque su espíritu no la olvidará nunca) con un dolor profundo, que nosotros no queremos hacer mayor al despedirle también con dolor grande.

«De Soria se va Machado contra su voluntad, dejando aquí trozos de su alma y de su corazón, que recordará siempre como poeta y como hombre en el que caben todos los afectos hondos y sanos.

«Machado quiere a Soria mucho, y se va de ella porque se tiene que ir, fatalmente. Sus sentimientos nobles, delicados y tiernos, como los de un niño grande, capaz de sentir los dolores con una fuerza tan sólo reservada a los espíritus escogidos, sufrirían demasiado en esta tierra de sus amores, y cree no podría resistir a este sufrimiento que no será menor desde lejos, pero ya estará sometido a otro ambiente menos torturador. Por eso se va a Baeza.

«Nosotros, que sabe cuánto le queremos, pretendemos, como le decía Unamuno, que de su mismo dolor saque energías para el ideal. Entendemos que

---

[1] «Poema de un día». P. C., págs. 183-190.

[2] *El Provenir Castellano*. «Antonio Machado» Soria, 28 de octubre de 1912.

el mejor sedante para las almas tristes está en que ellas miren de frente a su propia tristeza.

Machado, al alejarse de Soria, deja en embrión otro libro que con el título «Tierras pobres» pensaba hacer, inspirado en estas de aquí y en las de Burgos.

«En días que ya presentía él sus grandes amarguras, contribuyó a fundar este Provenir Castellano, que Machado ama y quiere por ser cosa nuestra. Le consta cuánto le queremos los que hacemos este periódico, y hasta aspiramos a que nos siga ayudando con su consejo y con los frutos de su talento preclaro cuando éste vuelva a la actividad, que debe volver pronto.

«Y en tanto, y siempre, sabe que aquí le quedan amigos que le quieren con el alma y le estiman como él merece que se le estime en todos los aspectos de su vida, que en resumen no es más que uno: el de un hombre bueno y caballeroso».

* * *

Todo está terminado. La vida entera es ya un puro recuerdo. Algo peor: una lacerante pesadilla –día y noche–; un obsesionado y agotador esfuerzo para la actividad más trivial y sencilla; un constante deseo de dormir –¡Y no despertar!– que luego, en la cama, se malogra en un desasosegado insomnio. El mundo entero aparece sin finalidad ni finalidad ni sentido. Vivir no es necesario, y sobrevivir una monstruosa crueldad.

En Baeza sobrevive Machado. Como un sonámbulo hace cada día una porción de cosas. Pero en todas ellas, él está ausente.

Sabemos que se daba unos disparatados paseos, ya por saciar una insaciable sed de fuga, ya por caer en el agotamiento físico.

La cosa debió llegar a tal extremo que, venciendo todos los inconvenientes, la madre fue a Baeza a vivir con su hijo, en una modesta casa de la calle de Gaspar Becerra, esquina al Prado de la Cárcel. Y el hijo, por no hacer sufrir a su madre y a la madre por distraer y consolar a su hijo, lograron lo que parecía imposible: volverle a la realidad, darle conciencia de su propio dolor, y, sobre todo, hacer tomar la pluma para proseguir esa maravillosa confesión personal que es la obra total de Machado:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar[3].

cuatro versos que parecen arrancados del libro de los Salmos.

Mientras callé, consumíanse mis huesos,
con mi gemir durante todo el día.
Pues día y noche tu mano pesaba sobre mí,
y tornose mi verdor en sequedad y estío[4].

Lo que ahora va escribir Antonio Machado, poco más de una docena de poemas, constituye *«la única cumbre de poesía española contemporánea que se puede poner al par de las coplas de Manrique, o del Cántico de San Juan, o de ese grupo, también reducido, de poemas religioso de Lope: media docena de sonetos y la canción a la muerte de su hijo Carlos Félix»*[5].

Efectivamente. El dolor ha depurado a Antonio Machado, hasta dejarle reducido a un corazón que palpita y una voz tenue y estremecida. Nada le liga y ata a este mundo perecedero. Todo cuando podía ligarle quedó enterrado en El Espino soriano. Y Machado

Desde entonces ha vivido
como un santo o como un loco
del mundo tan desasido
que todo lo importa poco[6].

Cuando esto le ocurre a hombres como Manrique, Juan de la Cruz, Lope o Antonio Machado, hasta el viento se queda estremecido y parado ante el soplo

---

[3] P. C., pág. 175

[4] Ps. 32-3,4. Sagrada Biblia. Nácar-Colunga., Madrid, 1944, pag. 874.

[5] Luis Felipe Vivanco. «Comentario a unos pocos poemas de Antonio Machado» Cuadernos Hispanoamericanos. Madrid, sept.-dic. 1949, pág. 541-2

[6] «Julianillo Valcárcel». Acto IV, escena I.ª

que del Cielo baja a la tierra y de la tierra vuela al cielo en forma de algo que, en realidad, no tiene nombre, y que para entendernos los hombres llamamos poesía auténtica.

El 29 de abril de 1913 *«fecha Antonio Machado su poema esencial de palabras buenas –sin una sola metáfora, sin una sola idea–, dirigido a José María Palacio»*[7].

Palacio, buen amigo
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos? En la estepa
del alto Duero, Primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...
¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?
Aún las acacias estarán desnudas
y nevados los montes de las sierras.
¡Oh, mole de Moncayo blanca y rosa
allá, en el cielo de Aragón, tan bella!
¿Hay zarzas florecidas
entre las grises peñas,
y blancas margaritas
entre la fina hierba?
Por esos campanarios
ya habrán ido llegando las cigüeñas.
Habrá trigales verdes,
y mulas pardas en las sementeras

[7] Cf. Trabajo de Luis Felipe Vivanco aludido en la nota 5.

y labriegos que siembran los tardíos
con las lluvias de abril. Ya las abejas
libarán del tomillo y el romero.
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
Furtivos cazadores, los reclamos
de la perdiz bajo las capas luengas,
no faltarán. Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?
Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino, donde está su tierra...[8]

¿Quién se atrevería a poner en duda que estas palabras –virginales, cándidas e inocentes como niños, o como recentales– no han caído del mismo cielo? Tienen el misterioso temblor que tuvieron la primera vez que fueron pronunciadas por el primer hombre, frescas aún con el relente de la Creación. Son de un mundo aún no entregado a la codicia de los hombres. Porque los mismos *«Labriegos que siembran los tardíos»* y los *«furtivos cazadores»* están envueltos en vaho sagrado de figurillas de Nacimiento. Pocas veces ha estado, en la poesía española, el aquí tan próximo del *Allá*.

No es de extrañar, por otra parte, que estos estados del alma creadora no se mantengan indefinidamente. Son un regalo y un misterio de Dios.

Y el hombre, Antonio Machado, vivía en Baeza; daba clase de francés en el Instituto y comenzaba, aunque tímidamente, a tener relaciones sociales; *«verdad que incluso con sus contados amigos hablaba poco. Con uno de ellos– el profesor de Dibujo don Florentino Soria– paseaba mucho sin que durante horas enteras– cambiasen una palabra. Con otro –don Mariano Ferrer, catedrático de*

[8] P.C., págs. 179-80

Geografía– se sentaba, la mayor parte de las noches, en el salón del Casino de Artesanos, y el mutismo era absoluto».

«Acaso la tertulia de la rebotica de don Adolfo Almazán, profesor además de gimnasia, fuese la que más escuchó a Machado.

El poeta concurría a ella asiduamente al anochecer, y la dejó magistralmente pintada en «Meditaciones rurales». La formaban, entre otro, el dueño de la farmacia, señor Almazan; los ya citados don Florentino Soria y don Mariano Ferrer; don José León (¿el don José de la poesía?) que en tiempos conservadores era alcalde; don Manuel Olivera, también edil conservador; el médico don Juan Martínez Poyatos; don Leopoldo de Urquía, catedrático de Filosofía; los abogados don Emilio Fernández del Rincón y don Cristóbal Torres; el notario don Pedro Gutiérrez Peña, gran tresellista (posiblemente aquel notario que en la poesía «Hacia tierra baja» va al tresillo del boticario), y de los que aún viven, el registrador de la Propiedad don Miguel Silvestre y el secretario del Instituto, don Antonio Parra».

«Quienes ponían paños al púlpito, como se suele decir, eran, sobre todo, don Emilio Fernández de Rincón y don Cristóbal Torres, político liberal antaño, pero ya nada por entonces; se trataba de un personaje atrabiliario y obcecado, inventor de fantásticas estadísticas que exponía a la tertulia, atribuyéndolas a imaginarias revistas, sempiterno discutidor y letrado sin prestigio. Tenía la virtud de sacar de sus casillas al poeta, siempre callado; le obligaba a participar en las discusiones y, cuentan, que más de una vez hubo de decirle al salir de la rebotica: «Don Cristóbal: va a dar lugar usted a que le haga el salto del tigre!» Y, sin embargo, mereció el honor de que Machado dedicase a su memoria la bellísima poesía «Olivo del camino»[9].

Machado está próximo a los cuarenta años, época crítica de la vida. Su corazón, antes de ser enterrado se apresura a palpitar[10].

---

[9] Esta larga cita pertenece al interesante trabajo titulado «Antonio Machado en Baeza», de don Francisco Escolano, publicado por *El Español* en Madrid, en 14 de noviembre de 1942.

[10] Tomado del *Journal intime* de Amiel, citado por Marañón, pag. 135, 3.ª ed. Austral, del AMIEL.

De ahí que nos parezca más que probable, la noticia que el Sr. Escolano recoge el trabajo citado y que parece que le sorprende: «Otra vez –¿podrá ser cierto?– parece que una llama de amor floreció en el alma de Machado, consagrada siempre a su esposa muerta, y escribió:

Rejas de hierro; rosas de grana.
¿A quién esperas,
con esos ojos y esas orejas,
enjauladita como las fieras
tras de los hierros de tu ventana?
.....
Por esta calle –tú elegirás–
Pasa un notario
que va al tresillo del boticario
y un usurero, a su rosario.
También yo paso, viejo y tristón.
Dentro del pecho llevo en león[11].

Para nosotros no hay duda de que existió este enamoramiento. Y no fue ni rápido, ni sencillo, circunstancias que suelen acompañar a los enamoramientos de la mocedad. Fue, en cambio, profundo, cualidad esencial del amor en los hombres íntegros y de edad madura. Y fueron los ojos –donde cuerpo y alma se reúnen– los que abrieron el rayo de este nuevo –¿nuevo?– amor.

Cuando murió su amada
pensó en hacerse viejo
en la mansión cerrada,
solo, con su memoria y el espejo
donde ella se miraba un claro día.
.....

[11] P.C., pág. 258-9.

Mas, pasado el primer aniversario,
¿cómo eran –preguntó–, pardos o negros,
sus ojos? ¿Glaucos?... ¿Grises?
¿Cómo eran, ¡Santo Dios!, que no recuerdo?
Salió a la calle un día
de primavera y paseó en silencio
su doble luto, el corazón cerrado...
De una ventana en el sombrío hueco
vió unos ojos brillar. Bajó los suyos.
Y siguió su camino... ¡Como ésos![12]

Y esos ojos se clavaron en el alma, porque eran como «aquellos» ojos y despertaron al león que en su pecho dormía.

El hallazgo del primer cuaderno manuscrito de *Los Complementarios* aclara muchos puntos de su obra y algunos de su vida. Más adelante volveremos sobre este punto.

De este amor que le nació en Baeza y que tuvo, probablemente su punto álgido en la primavera de 1914, no tenemos, por hoy, datos completos. Y merece la pena que se estudie. Lo único que sabemos es que no prosperó. Y que Machado, hacia 1916, había perdido toda esperanza respecto a aquella mujer. Fue entonces cuando le brotó el anhelo de dejar Baeza. Había perdido una buena oportunidad, cuando meses antes dejó pasar, sin solicitar, un concurso de traslado, por el que hubiera podido ir a Cuenca. Escribió al compañero solicitando una permuta, que tampoco se llegó a realizar.

Hacia el año 1918 el viento de pasión se había calmado. Antonio Machado ha vuelto al puerto seguro de sus recuerdos. Es entonces cuando va a escribir, con indecible ternura y con ecos de arrepentimiento, su famoso soneto.

¿Empañé tu memoria? ¡Cuantas veces![13]

---

[12] P.C., pág. 302-3.
[13] P.C., pág. 328-9.

Soneto que Antonio Machado corrigió y rehizo, mostrando hasta qué punto se trata de una obra importante y expresiva. El primer verso del borrador, comienza así:

¿Que te manchó mi amor? ¡Oh, cuantas veces!

Comienzo de mayor vigor espiritual, porque supone una queja presa de su bendita y amada –por siempre y por encima de todo– Leonor.

La etapa de Baeza está a punto de terminar. Baeza, como Soria, han quedado para siempre unidas al nombre de Antonio Machado. Si de Soria tuvo que salir fatalmente, también fatalmente ha de salir de Baeza, donde no halló el puerto de reposo que tanto anheló.

Por Real orden de 30 de octubre de 1919 pasó trasladado al Instituto de Segovia.

HELIODORO CARPINTERO

(*Celtiberia*, Año I, núm. 2, 1951, pp. 328-338)